



DOMINGO “IN ALBIS” O DE LA MISERICORDIA

La octava que no se cierra

Hoy concluye la Octava de Pascua, pero no se apaga la luz que comenzó en la Vigilia. Durante ocho días, la Iglesia ha vivido como si todo fuera un único Domingo: el día en que Cristo ha vencido la muerte. Este domingo, llamado “*in albis*” —porque los neófitos dejaban sus vestiduras blancas—, nos recuerda que la vida nueva no se quita: se hace cotidiana. La blancura bautismal se transforma en actitud, en mirada, en misericordia.

La fe que nace del encuentro

El evangelio nos muestra a Tomás, el discípulo que no cree hasta tocar. No es el incrédulo, sino el que busca un encuentro real. Jesús no le reprende: se le acerca, le muestra sus llagas, y le invita a tocar. La fe cristiana no se impone, se descubre en el contacto con el Resucitado. Y ese contacto hoy se da en los signos:

- a) El agua (Bautismo)
- b) El pan (Eucaristía)
- c) La comunidad (Iglesia)
- d) La Palabra (Biblia).

Cada sacramento es una herida abierta donde Cristo nos deja tocar su misericordia.

La comunidad como lugar de la misericordia

El Evangelio comienza con los discípulos



encerrados “*por miedo*”. Cristo entra sin romper la puerta, pero rompe el miedo. Les da su paz y su Espíritu. La comunidad cristiana nace así: no de la perfección, sino del perdón. La misericordia no es un sentimiento, sino una forma de vivir juntos. Donde hay reconciliación, allí está el Resucitado. La Iglesia no es refugio de perfectos, sino taller de misericordia.

La misión que brota del perdón

Jesús sopla sobre los discípulos y les confía el poder de perdonar. Es el mismo aliento del Espíritu que recrea el mundo. Quien ha sido perdonado se convierte en fuente de perdón. La Pascua no termina en la alegría interior: se convierte en misericordia activa, en manos que levantan, en palabras que sanan, en gestos que reconstruyen. La misericordia no se guarda: se transmite.

Conclusión

La Pascua no es un recuerdo. Es un camino que se abre cada día, una travesía interior donde la vida nueva se hace carne en nosotros.

El Resucitado no nos deja volver atrás: nos invita a caminar en la luz, a respirar su Espíritu, a gustar su presencia en lo cotidiano.

La luz que encendimos en la Vigilia sigue ardiendo, aunque el mundo parezca oscuro. No es una llama exterior, sino una claridad que nace dentro, que nos enseña a mirar con esperanza. Cada gesto de bondad, cada palabra que consuela, es una chispa de esa luz que no se apaga.

El agua del bautismo no se seca. Brota silenciosa en el corazón, recordándonos quiénes somos: hijos en el Hijo, amados desde siempre. Cada vez que trazamos la señal de la cruz, el agua nos dice: “*Eres mío, camina en mi presencia*”.

El Espíritu sopla donde quiere. No lo vemos, pero sentimos su impulso cuando perdonamos, cuando servimos, cuando elegimos amar. Él transforma el miedo en confianza, la rutina en misión, la herida en fuente.

El Pan que partimos es Cristo mismo, que se entrega para que aprendamos a entregarnos. La comunión no termina en el altar: comienza en la calle, en el rostro del hermano.

La Palabra que escuchamos no es un eco antiguo. Es voz viva que nos llama por nuestro nombre, que nos recrea, que nos envía.

La fe madura cuando dejamos que el Resucitado toque nuestras heridas, y las transforme en fuentes de vida: donde antes había dolor, brota ahora compasión; donde había miedo, nace confianza; donde había silencio, surge canto agradecido.

La Pascua es un día que no termina, porque el Resucitado sigue presente. Cada amanecer es una invitación a vivir como bautizados, como testigos de la misericordia.





El himno, en la liturgia de las horas, no es solo un canto: es una epiclesis afectiva. Despierta el deseo, aviva la fe, enciende la esperanza. Es la chispa que prepara el alma para que la Palabra pueda arder dentro. Esto hace que esté siempre al comienzo: abre el espacio interior donde Dios puede hablar y habitar como paraíso interior. Uno de los asignados al tiempo de Pascua y que se utiliza en el oficio de lecturas es el que lleva por título “*Hic est dies verus Dei*”. Su autor es san Ambrosio de Milán (s.IV), y sus temas principales iluminan el corazón de la espiritualidad pascual:

1. “Este es el día verdadero de Dios”. La Pascua es presentada como el día nuevo, el día sin ocaso. No es un recuerdo, sino un tiempo que se abre y transforma la existencia. El himno invita a vivir la Pascua como un presente continuo.

2. La sangre que purifica el mundo. El himno contempla la cruz como fuente de vida. La sangre de Cristo “*lava los crímenes del mundo*”, no desde la culpa, sino desde la misericordia que recrea. Es una teología profundamente bautismal.

3. La fe que renace y la luz que ilumina. La Pascua es el tiempo en que la fe se vuelve visión. El himno evoca a Tomás, al ladrón, a los discípulos: todos ellos transforma dos por el encuentro con Cristo. La liturgia de las horas hace de este canto una pedagogía de la fe pascual.

4. El asombro de los ángeles. Los ángeles contemplan con estupor la salvación del pecador. Esta imagen subraya que la Pascua es un misterio que supera toda lógica humana. La liturgia invita a contemplar, no a explicar.

5. La carne que purifica la carne. Una de las líneas más bellas del himno: la carne de Cristo purifica la carne del mundo. Aquí resuena toda la teología sacramental: el bautismo, la eucaristía, la encarnación llevada a su plenitud.

6. La paradoja pascual: la culpa busca la gracia. El himno proclama el corazón de la Pascua: la misericordia vence al miedo, la gracia transforma la culpa, la muerte se abre a la vida nueva. Es la lógica divina que la liturgia nos enseña a saborear.

7. El gozo pascual como estado del alma. La última estrofa pide que el gozo pascual sea perenne. La liturgia de las horas no solo canta la Pascua: la forma en nosotros. El himno se convierte así en oración de quienes han renacido en Cristo. Ofrecemos un traducción en forma poética.

Este es el día de Dios, /día de luz y perdón;
la sangre limpia el dolor,/ y el mundo nace de amor.

Brilla la aurora sagrada,/la cruz se vuelve jardín;
la muerte queda vencida,/ y el cielo canta sin fin.

La fe despierta al perdido,/los ojos ven claridad;
el miedo se hace confianza, /la culpa, misericordia y paz.

Los ángeles se estremecen,/ viendo al culpable abrazar
a Cristo que lo libera/ y lo invita a resucitar.

La carne del Hijo puro/lava la carne mortal;
lo humano se hace camino,/ lo frágil, lugar pascual.

La culpa busca la gracia/ el miedo se vuelve don;
la muerte abre su puerta/y brota nueva canción.

Jesús, que vences la muerte,/haz perenne nuestro gozo;
une a tus triunfos la vida/ de los que nacen del soplo.

**EN LAS
FUENTES
DE AGUA
VIVA**

**CATEDRAL
DE OVIEDO**

